

## Un soneto del siglo XVII sobre San Francisco Xavier

En 1670 se publicó en Valencia una vida de San Francisco Javier titulada «EL PEREGRINO ATLANTE SAN FRANCISCO JAVIER, APOSTOL DE ORIENTE. EPITOME-HISTORICO Y PANEGIRICO DE SU VIDA Y PRODIGIOS. POR GERONIMO VILLAGARCIA. IMPRESOR DE LA CIUDAD Y DE LA SANTA INQUISICION». Su autor es Francisco de la Torre y está dedicado al Arzobispo de Valencia, D. Luis Alfonso de los Cameros. El Libro, indudablemente, debió de tener éxito pues cincuenta y ocho años después se vuelve a imprimir en Madrid por la Vda. de Blas Villanueva a costa de José Pigmentel que dice ser amigo de su autor, y dedicado por él a Juan Bautista Orendain y Azpilicueta, Marqués de la Paz.

Acerca de Francisco de la Torre nada sabemos. Desde luego no es el poeta del mismo nombre que Quevedo dió a conocer, pues murió éste en 1594, veintiocho antes de la canonización de San Francisco, por Gregorio XV.

El Libro está muy bien escrito aunque lleno de frases altisonantes, retruécanos y superlativos muy del gusto de la época. Setenta años después aparecerá Gray Gerundio para hacer con los predicadores gongoristas lo que D. Quijote con los libros de caballerías. San Francisco es el Aguila en la velocidad del peregrino vuelo, el León en la vigilancia, el Becerro en la fatiga... primer Compañía del Sol de Ignacio y segundo Sol de la Compañía de Jesús. Y así muchas otras cosas por el estilo. También lo compara con Hermes, Neptuno, Marte, y toda la caterva mitológica tan de moda en aquellos tiempos como hoy los artistas del cine.

Acerca del Castillo de Javier nos dice únicamente que tenía forma de Media Luna como las insignias de nobleza de sus señores, como la Iglesia interpretada a los pies de María que comprende con sus luces la mitad del orbe. Y así sigue jugando con la media luna para acabar diciendo que con la suya y la de la Iglesia formó entero el resplandor del astro.

Pero el fuerte de Francisco de la Torre parece ser la poesía. Solo dos composiciones suyas incluye el libro: una en décimas, estilo serio jocos, como él le llama, donde nos habla del consejo de los peces en el hallazgo de la imagen de Cristo según el famoso milagro; la otra es el soneto que nos ocupa estas líneas, a mi parecer la mejor pieza poética, de las que conozco, que se haya escrito sobre el Santo Navarro. Un poco retorcido, barroco pero con mucha miga, magnífico en todos aspectos.

EN LA OCASION DE HALLARSE FRANCISCO ARDIENDO TANTO EN  
LA ABUNDANCIA DE INTERIORES GLORIAS QUE PRORRUMPIO SU CO-  
RAZON EN AQUELLAS PALABRAS DE DOMINE SAT EST.

## SONETO

Ea, Señor, reprime tu grandeza  
 No toda sobre mí quieras construilla,  
 que si inclino a la carga la rodilla,  
 adoración será de la flaqueza.

¿Más como si la carga es ligereza  
 es en mi peso y tan grave? ¡Oh maravilla!  
 ¿Truecas tu ser? También para sufrilla  
 dispón que mude yo naturaleza.

Basta, oh mi Dios, que es tempestad la calma:  
 y a tanto peso, a tanto ardor no ciego  
 ¿Quién podrá ser el Fenix, quien la Palma?

Basta oh Jesús, que en mar de amar me anego;  
 O si gustas que muera, aparta el alma,  
 O si quieres que viva, apaga el fuego.

Precioso soneto a nuestro gran Santo, patrón de Navarra, «más gloriosa —siguiendo el libro de La Torre— que por sus cadenas, por éste solo eslabón que pudo sacar fuego de los obstinados corazones, volviendo los pedernales en estrellas.

*José Javier URANGA*